

Epistemología de la historia y estudios desde la subalternidad¹

Guillermo Zermeño Padilla

“En la ciencia, las operaciones, las más humildes como las más nobles, valen lo que vale la conciencia teórica y epistemológica que acompaña sus operaciones.”

Erwin Panofsky 1967: 167 (mi traducción)

Introducción

Distingue a esta corriente no únicamente la reforma de la historia como disciplina académica, sino el llevarla hasta sus últimos límites en el campo epistemológico.² En principio, el proyecto agrupado alrededor de los *Subaltern Studies* (Estudios de la subalternidad) asume una posición política (el rescate de los sujetos subalternos), pero no excluye la reflexión sobre la forma como se produce el saber histórico. Esta conjunción (entre teoría y práctica) permite realzar el hecho mismo de escribir historias sin dejar fuera sus implicaciones políticas en la configuración de las identidades de las sociedades modernas. La posición política asumida no impide, por tanto, la reflexión sobre algunos aspectos sustantivos de la epistemología histórica.

Estudios de la subalternidad se presenta, en ese sentido, como una alternativa para la superación de una ciencia de la historia que dadas sus condiciones iniciales ‘ilustradas’, ‘progresistas’, ‘universalistas’ y ‘cosmopolitas’ no acaba de cumplir del todo con las expectativas en las que se funda. Y no se cumplen, en particular, por no poder dar cuenta cabal de los subalternos de la historia. En dicha demostración, como veremos, existe un trabajo de deconstrucción histórica. La “deconstrucción’ o lectura deconstruccionista

1 El presente artículo es una elaboración a partir de primeras reflexiones sobre el tema contenidas en mi libro *La cultura moderna de la historia* (2002, 3a reimpresión 2010), especialmente en las páginas 111-144.

2 Se alude al epígrafe tomado de Althusser “Push thought to extremes” en Dipesh Chakrabarty, “Postcoloniality and the Artifice of History” (Chakrabarty 2000: 27-46).

o deconstructora, consiste [...] en una vigilancia extrema al detalle del significante, a la materialidad del texto, a lo idiomático o radicalmente singular” (Peñalver 1995: 16-17). O, como lo señala el mismo Derrida al responder a sus detractores: “La deconstrucción no es una clausura en la nada, sino una apertura hacia el otro” (Bennington/Derrida 1994: 13). Si bien, la deconstrucción incluye también, intrínsecamente, una dimensión política institucional:

Lo que llamamos la deconstrucción no es un conjunto técnico de procedimientos discursivos, constituye menos todavía las reglas de un nuevo método hermenéutico que trabajaría en archivos o enunciados, al amparo de una institución dada y estable; constituye, más bien, una toma de posición, en el trabajo, en base a las estructuras político-institucionales que forman y regulan nuestra actividad y nuestras competencias. Precisamente porque no concierne tan sólo a los contenidos de sentido, la deconstrucción no puede ser escindida de esta problemática político institucional y requiere un nuevo planteamiento sobre la responsabilidad, un planteamiento que no confía ya necesariamente en los códigos heredados de lo político y lo ético. Ello hace que pueda parecer demasiado política para algunos, mientras que a aquellos que no reconocen lo político si no es con la ayuda de los paneles de señalización de antes de la guerra les aparece como demoledora. La deconstrucción no se limita ni a una reforma metodológica sustentadora de la organización dada, ni inversamente a una parodia de destrucción irresponsable o irresponsabilizante que tendría como más seguro efecto el dejar todo como está y el consolidar las fuerzas inmovilistas de la Universidad. (Derrida, “La filosofía como institución”, cit. en Peñalver 1990: 16)

Desde esta perspectiva no se trata simplemente de cubrir ‘olvidos’ historiográficos –lo genéricamente englobado en las llamadas ‘historias desde abajo’– sino de avanzar en la rectificación de un núcleo epistemológico, que por su misma naturaleza, no es capaz de rendir tributo a aquella zona de sombras o contraparte de la historia. El historiador francés Michel de Certeau hizo mención expresa de ese caudal de la experiencia humana que no ha sido posible domesticar ni simbolizar a través del lenguaje desarrollado por la historiografía moderna.³ En ese sentido, este grupo plural e interdisciplinario de historiadores especialistas en Asia del Sur recuperan en un alto grado de complejidad la cuestión acerca de los límites y alcances cognitivos de la historiografía moderna.

En este esfuerzo de rectificación y restitución historiográficas destacan algunos conceptos claves tales como: nación y nacionalismo, cultura y con-

3 De Certeau (1996: IV, 57-58). Véase especialmente el capítulo V “Artes de la teoría”.

ciencia, experiencia y representación, élites y pueblo, crítica y racionalidad, sujeto de la historia y agencia. Nociones de clara raigambre antropológica, sociológica y filosófica (Dube 1997: 219, 224; Dube 2001: 91-112). Se retomaba en cierto modo una problemática también relacionada con la crisis de la conciencia europea frente al curso del socialismo soviético.⁴ Guha, fundador de este movimiento intelectual, llegó a señalar que el tema central de sus investigaciones era el de la cultura que moldeaba a la misma condición de subalternidad (Guha 1997a: 24). Al seleccionar la ‘cultura’ como lugar privilegiado para observar las relaciones de poder entre élites y subalternos se abría el problema acerca de la ‘representación’, en su doble acepción, política e historiográfica. Guha acuñó la noción de “dominación sin hegemonía” para comprender la forma de esas relaciones, tomando distancia de las visiones reduccionistas tradicionales que otorgan todo el poder a uno de los dos lados de la relación. Lo histórico, aquí sinónimo de experiencia, atravesaría por igual ambos polos de esa relación de dominación sin hegemonía.⁵ Este programa historiográfico de la ‘subalternidad’ se propone así descubrir las ‘fallas’ en el orden de las interpretaciones relacionadas con la formación de los Estados nacionales metropolitanos. Uno de los corolarios más importantes de esta concepción histórica de la política es que una dominación afincada unilateralmente nunca acaba por penetrar los intersticios de la sociedad civil subordinada. De esa manera, al igual que de Certeau, Guha sostendría que vastas áreas de la experiencia de la región surasiática han permanecido fuera del alcance de la burocracia política y sin encontrar lugar propio en el discurso historiográfico nacionalista regido por la Ilustración racionalista (Guha 2001: 40-44).

Un poco de historia

El proyecto *Estudios de la Subalternidad. Escritos sobre la Historia y la Sociedad Surasiática*, encabezado por Ranajit Guha, comenzó a difundirse en 1982 con el propósito de establecer el contrapeso de una visión historio-

4 Se pueden mencionar los trabajos pioneros del historiador británico Edward P. Thompson y su impacto en la historiografía social norteamericana, como por ejemplo en Howard Zinn, Eugene Genovese, Staughton Lynd.

5 Guha alude aquí al trabajo de Kant *Der Streit der Fakultäten* de 1798.

gráfica que había cargado el peso en las élites durante la formación cultural de la nación. Dentro del marco del nacionalismo moderno, esta historiografía se había apropiado además de la representación indiferenciada de ‘lo popular’.

En su intento de contrarrestar extrapolaciones fáciles que asumen al ‘pueblo’ dentro del discurso nacional, Guha estaba tocando un problema relacionado con la forma como el pasado se hace observable. De acuerdo con el constructivismo,⁶ no hay observación de la realidad que no presuponga una distinción. En la historiografía política moderna la nación ha sido observada a partir de la distinción élites, masas o pueblo. En ese sentido, a la constitución de la nación moderna por las élites subyace la otra parte que permanece en estado de latencia. Pero en toda observación hay también un punto ciego: la distinción utilizada no es observable al momento de observar. Para observar lo observado se requiere de una nueva distinción y eso es posible hacerlo después de pasada la observación, es decir, en otro tiempo. Ese es el tiempo o momento de la subalternidad. Por eso, en este desplazamiento temporal, en la crítica subalternista, se trata no tanto de descalificar la historiografía nacionalista elitista, sino de fabricar una observación más compleja, ya que lo observado depende de las distinciones utilizadas. A partir de estas premisas, los términos ‘compensar’ y ‘rectificación’ utilizados por Guha pueden significar corregir el grado de error o distorsión provocado por una mirada historiográfica que ingenuamente ha considerado que ‘lo popular’ ha quedado genuinamente incluido.

En su intento de renovación y de crítica historiográfica, el proyecto de la subalternidad retoma el reto lanzado por Kant acerca de cómo hacer efectiva una historia en sentido cosmopolita. Pero este esfuerzo se sitúa desde la otra orilla de la Ilustración. El tiempo de los estudios de la subalternidad ya no es el de Kant sino el de su futuro realizado, experimentado como una imagen invertida de la Ilustración.⁷ La reflexión crítica de Guha se sitúa, por tanto, a una distancia discreta de las ilusiones no cumplidas del proyecto ilustrado moderno. Más bien, como dice, el origen de la nue-

6 Para decirlo brevemente: dentro de esta posición se sostiene que no hay realidad observada sin observador. El sentido de aquello de lo que se habla o se informa, depende del modo como se realiza la operación de observar (Mendiola/Zermeño Padilla 1998: 191). Para profundizar se puede consultar Watzlawick/Krieg 1994.

7 Sobre la diferencia entre el tiempo pasado (la Ilustración) y el tiempo presente, remito a las reflexiones de Hartog 1995 y Leduc 1999.

va publicación remite a la desilusión de los *Midnight's Children*, en alusión a la novela de Salman Rushdie.⁸

La crisis política y social en la India en la década de 1970 originó entre académicos e historiadores un debate en torno al lugar que habían tenido los movimientos campesinos, obreros y grupos tribales en la formación del nacionalismo indio (Dube 1997: 224). Al reunirse con Guha en 1981 –historiador entonces de la Universidad de Sussex– un grupo de jóvenes historiadores se interesó especialmente en el examen de aquello que propiamente constituye la ‘cultura y la conciencia’ de los sectores subalternos, debido justamente a que los cambios ‘revolucionarios’ esperados no habían tenido lugar (Dube 1997: 219). Este colectivo, en cierto modo, retomaba la experiencia de otros intelectuales europeos quienes, debido también a una crisis de ‘conciencia’ frente al curso del socialismo soviético, se habían dado a la tarea de rescatar la voz de los subalternos desde sus propios términos, es decir, como sujetos activos de la historia. El reto consistía en cómo descubrir –a partir de los materiales históricos– “a los grupos subordinados *como agentes conscientes de la historia*, que moldearon y fueron moldeados por los procesos sociales, que vivieron e hicieron el pasado” (Guha 1997a: 24, el destacado es mío). En ese sentido, términos como cultura, conciencia y experiencia se convirtieron en nociones heurísticas fundamentales para entender, incluso, otros procesos relacionados con la economía, la política, la ecología. Guha llegó a señalar que el tema central de las investigaciones era el de la cultura que moldeaba a la misma condición de subalternidad (Guha 1997a: 24). De esa manera se podrían compensar las carencias de una historiografía que tendía a privilegiar la acción de las élites.

Entonces, este enfoque se propuso revisar la noción de sujeto –clave en el proyecto ilustrado y central en la formación cultural de las naciones modernas– para abrirse a la posibilidad de restituir a los ‘subalternos’ su papel negado en la historia, pero siempre situado en “la espesura histórica de la India” (Rivera Cusicanqui/Barragán 1997: 11). No se ignoraba el problema de que sobre la administración y el control de los subalternos “se instituyó buena parte del legado documental y del aparato estatal del país” con el que trabajan los historiadores. Además, al invertir los términos de

8 “Born to citizenship in a sovereign republic, they had their nationhood with all its promise already constituted for them. It was a promise that relied on the nation-state for its fulfillment. Since that failed to materialize even two decades after Britain’s retreat from South Asia, the despair that seized the younger generation in the 1970s could truly be ascribed to a disillusionment of hope” (Guha 1997b: XII).

la observación histórica –de las élites a los subalternos– aparecía la cuestión acerca del grado de hegemonía política detentados por los sistemas de dominación modernos. Si bien, por un lado, podía aparecer el pueblo pulcramente vestido en el ropaje de la historia, por el otro se advertía la presencia de una sociedad abigarrada, “siempre [...] heterogénea y elusiva” a los esquemas y la política de los administradores nacionales o coloniales (Rivera Cusicanqui/Barragán 1997: 11). Asimismo, al seleccionar la ‘cultura’ como lugar privilegiado para observar las relaciones de poder entre élites y subalternos se abría el problema acerca de la representación, no sólo en su acepción política, sino sobre todo historiográfica.

Al respecto, Guha partió del reconocimiento de que “los grupos subalternos están siempre sujetos a la actividad de los grupos que gobiernan, incluso cuando se rebelan y sublevan” (Guha 1997a: 24). Pero a diferencia de los estudios tradicionales no se dota al grupo gobernante de un poder casi omnipotente. Por eso habla de “dominación sin hegemonía” y así puede pasar entonces a hacer la crítica sobre el modo como los ‘subalternos’ han sido representados en la historiografía tradicional, fundamentalmente de cuño liberal. Y la cuestión candente, entonces, radica en saber cómo se puede recuperar para la historia la actividad de las masas a partir de su propia experiencia.

La crítica de Guha a la noción de ‘crítica’ postulada durante el tiempo de la Ilustración (“atrévete a pensar por tí mismo”) consiste en el señalamiento de una de sus paradojas: la razón ilustrada anuncia su soberanía y acaba encerrándola en sus propios límites. La parte irónica de este contrato racionalista no radica únicamente en los azares de los riesgos no calculados de la política, sino particularmente en que su universalidad pasa necesariamente a través del tamiz de ‘lo histórico’, de las condiciones particulares que hacen posible que adopte una forma u otra; y la historia, en ese sentido, no sería sino el ‘otro nombre de la experiencia’. La razón histórica moderna contiene por ello una paradoja: al tiempo que sabe por ‘experiencia’, se desconoce a sí misma porque se presenta vaciada de experiencia. En ese sentido, acierta a decir Guha, “la razón moderna anuncia una época de optimismo melancólico característico de toda esa modernidad frente a la que estamos situados” (Guha 2001: 40). También, cabe añadir, la pretensión de fundar la historia en la ‘razón pura’ fue minada por el historicismo de Herder, por el romanticismo en el campo estético, por el marxismo en la economía política, y por la revolución de los medios de producción, no sólo de objetos para el consumo sino también de palabras. Esta moder-

nidad deja ver una conmoción incesante de las condiciones de vida, que hace de la incertidumbre y agitación permanente su auténtico signo de identidad.

Así, cualquier forma que adopte la experiencia no es comprensible sino en el terreno de las interpretaciones. Los académicos nacionalistas y neo-colonialistas, por ejemplo, habían escrito muchas obras importantes sobre el período de la dominación colonial, concibiendo el ámbito de la política de manera demasiado simplista e indiferenciada. Una visión desde la subalternidad, por el contrario, da cuenta de ese ámbito más bien como un todo heterogéneo y fragmentado. Una interpretación homogénea no hace sino transmitir una visión que en esencia no es histórica, es decir, que apenas tiene relación con el ámbito donde ocurre la experiencia y se forja la conciencia de los individuos (Dube 2001: 91-112). Una premisa fundamental de la posición elitista era que no había más política que la del Estado conformado básicamente a partir de los acuerdos entre las élites coloniales e indígenas (esta es la tesis para México sostenida durante el bicentenario de 1992 como “Encuentro de dos mundos”). Esta interpretación unitaria delata una doble exclusión de los subalternos: del reino de la política y de la historia.

El problema y su ‘solución’

A diferencia de otros intentos no se trata sólo de llenar supuestas lagunas u ‘olvidos’ historiográficos, sino de revisar el mismo régimen moderno historiográfico. Es pertinente, en tanto se reconoce que esa forma es incapaz, por su propia naturaleza, de observar la otra parte de la historia o experiencia de la subalternidad. La pregunta entonces es saber dentro de qué límites es posible traspasar con éxito ese umbral problemático:⁹ en dirección del rescate de la conciencia, racionalidad o cultura propias de los movimientos sociales subalternos o del modo en que los mismos actores dotan de sentido a sus acciones. De ahí el interés por observar los idiomas propios de los subalternos enmarcados por relaciones de poder. En este sentido, habría por lo menos dos implicaciones metodológicas serias: la primera enfrenta el problema de cómo rescatar la experiencia del pasado

9 Al respecto puede verse también Rancière 1993.

en su doble condición de subalternidad (respecto del presente y los sujetos de estudio); y la segunda, la de la revisión obligada de las formas de lectura de las fuentes históricas.

Experiencia, cultura, subalternidad y las explicaciones teleológicas

Trabajar con ‘constructos teleológicos’ o modelos narrativos omnímodos significa que el sentido de un hecho pasado es leído (como antecedente) a la luz de sucesos posteriores. El significado de un movimiento, de una idea, de un acontecimiento, se otorga a partir de una idea o suceso posterior. De modo que los hechos particulares son subsumidos como eslabones de una cadena de causalidades. El significado de lo acontecido está en función de una pretendida anticipación de acontecimientos posteriores. Se hace depender el significado de un hecho por otro. Esto nos conduce de manera inmediata a plantear el problema del anacronismo en la historia.

El peligro que acecha a este procedimiento es vaciar al pasado de su propio contenido. Los hechos del pasado se asimilan a una frase narrativa globalizadora, de modo que fácilmente se puede perder para la historia las maneras como los subalternos se situaban frente a los mismos acontecimientos, las razones que tenían los actores para actuar de una manera y no de otra. Casi no hay relato histórico que no dependa de esta clase de enunciados, hasta los mejor intencionados. Un buen ejemplo es éste: “La participación de las mujeres en el movimiento de Desobediencia civil de los treinta señaló en realidad un gran paso hacia adelante en la emancipación de las mujeres indias” (Dube 1997: 226). Esta frase sitúa implícitamente a ese evento particular dentro de la ‘gran narrativa’ de ‘la emancipación de la mujer india’. Tal proceder no da lugar a la pregunta acerca del modo como los mismos actores, hombres y mujeres, entendieron su participación en el movimiento. El pasado se distorsiona porque no explica cómo éstos comprendieron su participación dentro del movimiento nacionalista, ignorando los márgenes propios del sentido de sus acciones a partir de su ‘cultura’.¹⁰ Claro, la pregunta que emerge es cómo se pueden observar esas

¹⁰ ‘Cultura’ como el ‘espacio’ que delimita las prácticas cotidianas y las relaciones sociales o de género (Dube 1997: 246, 251).

‘otras culturas’ o modos de reaccionar ante fenómenos que podrían parecer similares a los del presente del historiador.

Dentro de las narrativas nacionalistas se suele dar por sentado que para todos los actores sociales prevalecía un mismo principio de identidad sin tomar en cuenta que las mismas palabras –independencia, libertad, nacionalismo– podrían tener usos y significados diversos. Esta multiplicación de sentidos sólo se hace manifiesto si se toman en cuenta las situaciones de habla específicas de los participantes en las comunicaciones. ‘Situaciones de habla’ que tienen que ver más con relaciones de comunicación mediados simbólicamente que con estados de conciencia o mentales de los individuos.¹¹

Un ejemplo reciente de los problemas que enfrenta un historiador ‘subalternista’ puede verse en Eric van Young. En su obra *The Other Rebellion* (*La otra rebelión*) se propone superar las versiones nacionalistas y economicistas de corte liberal que han impedido ver las razones “verdaderas” que tuvieron los “rebeldes” en su participación en la “lucha por la independencia de México”.¹² Proveniente de la historia social y económica clásicas se topó, así, con una larga serie de materiales de archivo (“datos empíricos”) (“de gran riqueza, aunque a menudo elípticos”) que no cabían fácilmente en los esquemas teóricos clásicos; “datos empíricos” para los cuales se requería de otra “teoría”, por lo cual se acercó al tema de la “cultura y la política” (Young 2006: 41). Planteado así –de un lado, los ‘datos empíricos’ fundamentalmente de carácter religioso, y del otro, el deseo por encontrar una ‘teoría’ adecuada para interpretarlos– lo enfrentó al problema de ver cómo se conecta una cosa con la otra.¹³ No alcanza a

11 Yo me adscribo a una noción histórica de ‘cultura’, entendida como una manera de observar el mundo surgida en Europa durante el siglo XVIII como resultado de las revoluciones de la lectura y de la imprenta y de la navegación que profundizaron las bases de la comparabilidad de la información escrita y de culturas diversas: religiones, costumbres, alimentación, ‘formas de vida’. Una y otra sentaron las bases para el desarrollo de las ciencias y de las humanidades actuales. Véase al respecto Luhmann 1997.

12 Eric van Young: *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*. Berkeley: Stanford University Press 2001. En el título de la traducción al español de la obra se advierte ya el problema de superar los límites de la historiografía nacionalista. Se alteró el título original a favor de “la lucha por la independencia de México” en detrimento de los dos aspectos que parecerían orientar las indagaciones: el problema de la ‘violencia popular’ y de la ‘ideología’. Así, en español se titula *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. México: Fondo de Cultura Económica 2006.

13 “El énfasis en la cultura, que es el principal eje conceptual de este estudio, es igualmente –o quizá en mayor medida– una estrategia de investigación concreta, determinada por

distinguir que todo dato ‘empírico’ ya viene envuelto en una ‘teoría’, sea la del observador o la del otro observado. Por eso, a mi juicio, no consigue ponerse de acuerdo con el establecimiento de una noción rigurosa –conceptualmente productiva– de ‘cultura’, que hace que su estudio presente un flanco propicio a la crítica proveniente del bando contrario, principalmente de la historia económica o social.¹⁴ No basta suscribir (a fin de no caer en el oficialismo teleológico)¹⁵ que lo que se propone “es algo bastante terrenal” o aquella historia moldeada “por las mil y una contingencias de la vida diaria, incluyendo fenómenos ‘pre culturales’ tan concretos en apariencia como el cambio tecnológico, los acontecimientos externos y los ciclos económicos” (Young 2006: 69). Su análisis sigue preso de una noción de cultura conceptualmente imprecisa, sin extraer tampoco todas las consecuencias epistemológicas involucradas en esta entrada historiográfica.¹⁶

Experiencia, tiempo, variación discursiva y lectura ‘deconstruccionista’ de Guha

La recuperación de la condición de subalternidad para la historia pasa en primera instancia por una reflexión sobre la materia prima del historiador.

la naturaleza de los hallazgos de la investigación, en la medida en que es una elección consciente de estrategia interpretativa sugerida por inclinaciones teóricas precedentes. Por lo tanto, el lector descubrirá que hay aquí mucho del viejo método inductivo” (Young 2006: 72). Las ‘palabras sobre el método’ y sus oscuridades continúan en Young 2006: 80-88.

14 Estas imprecisiones son evidentes en muchos pasajes de la larga introducción como en la página 55: “Qué ocurriría si lanzáramos nuestras flechas causales por un cauce diferente del convencional y comenzáramos no con las cuestiones de la panza, sino con asuntos como la representación mental colectiva (a la Durkheim), la cosmovisión religiosa, los elementos constitutivos de la identidad de grupo, la cultura política o la arquitectura de la comunidad, y trabajáramos a partir de estas formas de acción política colectiva?” (Young 2006: 55). Algunas de las críticas a la obra de Young se encuentran en: “Eric van Young, et al.: Debate sobre historia cultural en Latinoamérica”. *Hispanic American Historical Review* 79, 2, 1999; “La pareja desaparece: breves comentarios acerca de la relación entre historia económica y cultural”. *Historia Mexicana* 2003: 207.

15 “Cuando se trabaja con un registro cultural de la acción popular colectiva, al menos se puede quitar parte de la teleología que a menudo condimenta nuestros esquemas explicativos [...]” (Young 2006: 71).

16 No obstante, se podría discutir con mucho provecho e interés el capítulo dedicado a “La cultura verbal de la guerra interna: habladurías, rumores, sedición y propaganda” (Young 2006: 551-619). Probablemente sea el menos ‘positivista’ del libro.

Esta relectura de las fuentes se sostiene en una teoría que engloba las formas de relación entre mundo y lenguaje. La premisa fundamental de esta teoría de la lectura es la siguiente: nadie tiene acceso inmediato a la experiencia. La conciencia del subalterno aparece generalmente mediada por el lenguaje de la élite, pero incluso por el mismo lenguaje del subalterno, estructurado a partir de dos momentos, uno latente (el lugar social en el que se inscribe) y el manifiesto, o tiempo, que se necesita para dar cuenta de la conexión del hecho con su significado. De modo que cada instante es reinscrito en una especie de memoria viva o legado cultural. Lo nuevo es comprendido mediante su inserción en un sistema-memoria que adopta la figura de la recursividad (repetición). Se asemeja al funcionamiento de los medios de comunicación (Luhmann 2000).

La variación dentro de lo mismo, sin embargo, obedece a dos factores: el tiempo que se requiere para dotar de nombre a la experiencia y la función otorgada a la operación. Con ello podemos advertir un proceso de diferenciación funcional de lo mismo. La recuperación de una experiencia y su significado puede obedecer a razones de tipo administrativo, militar, político o propiamente historiográfico. De este modo, un evento nunca permanece el mismo. Sus particularidades dependen de la narrativa o flujo general discursivo en donde quede inscrito. En este sentido, se puede decir que cada texto se constituye en fundamento explicativo de sí mismo, requiriendo de otro texto (generalmente oculto o en estado de latencia) para existir. Sirve de fundamento para su misma re-producción. El instante-referente-originario (inexistente por sí mismo sin el andamiaje material del signo), sólo se hace manifiesto por el recurso al lenguaje propio, ocasión para la multiplicidad/multiplicación de discursos sobre 'la experiencia'.

Considerando estos tres elementos —experiencia, tiempo y variación— el historiador Ranajit Guha estableció una tipología discursiva referida a la insurgencia campesina en la India del siglo XIX.¹⁷ Retrospectivamente encontró al menos tres clases de discursos que hablan de un mismo hecho y se diferencian con base en dos criterios: su orden de aparición en el tiempo y su referencialidad. Cada uno se distingue de los otros dos, por su identificación con un punto de vista originado en la distancia temporal (con respecto al evento referido) y por la forma como están distribuidos los diversos elementos dentro de la narrativa. Cada uno de los discursos, a su vez, refiere igualmente a distinta clase de públicos. Este es sólo el preámbu-

17 Las referencias y comentarios siguen el conocido artículo de Guha 1997c.

lo ‘metodológico’ para plantearse el problema acerca de la posibilidad de establecer contacto con la experiencia de los subalternos del pasado desde el presente.

Sin duda, se trató de una observación metodológica relevante a fin de romper una cierta ingenuidad ‘historiográfica’ basada en el desconocimiento del carácter político inscrito en las mismas formas de contar historias. Si bien el propósito de tales discursos podía ser el interés en rescatar y aislar del *continuum* de la dominación política esos momentos de rebelión e integrarlos en otro *continuum* (el de su emancipación e incluso en el del ‘socialismo’), no obstante esas buenas intenciones podrían convertirse en un “acto de apropiación que excluye al rebelde como sujeto consciente de su historia e incorpora a éste sólo como un elemento contingente de otra historia, cuyo sujeto es también otro”. Así, “a pesar de lo noble de la causa e instrumento de tal apropiación, ésta conduce a la mediación de la conciencia del insurgente por la del historiador” (Guha 1997c: 64).

Entonces, ¿qué alternativas se abren para una práctica histórica ‘crítica’? Por lo pronto Guha habla del reconocimiento de una improbabilidad productiva que puede guiar paulatinamente el camino a la “solución” del problema. Añade que es casi imposible “eliminar completamente” la “distorsión, porque es inherente a su óptica” o forma de historiar contemporánea. Por lo pronto propone el reconocimiento de estas limitaciones para dar cuenta “con propiedad” de la conciencia y cultura subalterna del pasado. Sólo así, advierte, “se podrá reducir, de manera realmente significativa, la distancia entre esta conciencia y la percepción que el historiador tiene de ella, como para llegar a una aproximación cercana, que es lo máximo que se puede ambicionar” (Guha 1997c: 64-65).

Un paso más

Hasta aquí una cierta glosa en deuda con Guha. Ahora se hará algo parecido con Spivak al señalar que lo que tenemos como resultado de esa revisión es un fracaso exitoso: un fracaso cognoscitivo al reconocer la irreductibilidad de la conciencia subalterna en el discurso de la historia convencional, a cambio del éxito del saber historiográfico entendido como una función de estado. Se ha podido reconocer a la historiografía como un conjunto de “ficciones” operativas (incluso movilizadoras) en relación con “lo popu-

lar”; pero además, a partir de la observación de los procedimientos que la estructuran como un saber “objetivo”, “imparcial” y “explicativo” se han mostrado sus límites epistemológicos. Así, Spivak se propone ahora intentar resolver la paradoja de ese “fracaso exitoso” (Spivak 1997: 256-257). Lo hace pensando que al Proyecto de los Estudios de la Subalternidad subyace el interés de ofrecer una teoría del cambio social al estudiar los movimientos sociales (Spivak 1997: 250), en el que se incluya la voz de los subalternos a partir del paso de un sistema de sentido (cultura) a otro, de lo religioso a lo militante, del crimen a la insurrección, del siervo al obrero, etc. (Spivak 1997: 247). En ese contexto, Spivak señala que generalmente dicho cambio no se realiza sin violencia, es decir que pasa “por *la fuerza de una crisis*” (Spivak 1997: 247, mi énfasis). Con ello se apunta una cuestión sustantiva: que muy probablemente esos cambios no pasan necesariamente por los niveles de conciencia y cultura, por lo cual estas presuposiciones “no armonizan, estrictamente hablando, con el deseo de encontrar una conciencia (del subalterno) en un estado positivo y puro”.¹⁸ Si se aceptara esto se podría hablar de una especie de colusión o imbricación de conciencias, la del historiador y la del ‘subalterno’ (sea del presente o del pasado). Es decir, intentar resolver el problema en términos de corrección de la ‘distorsión’ o ‘carencia’ está condenado epistémicamente al fracaso. Sólo estarían orillando a la historiografía al reconocimiento de una ‘crisis interna’ de la institución.¹⁹ Así se están exponiendo a caer en debates ya añejos, como el de las relaciones entre estructura y acontecimiento, o espontaneidad y conciencia, por meniconar algunos. En su lugar ofrece la ‘deconstrucción’ como una manera de sortear dichas oposiciones.

Una teoría del cambio en el espacio del ‘significado’ (sistema de signos) vendría a ser en sentido amplio una teoría de la lectura, entendida como “transacción activa entre el pasado y el futuro” (Spivak 1997: 249). Y una de las características centrales de este enfoque consiste en cuestionar “la autoridad del sujeto que investiga” sin paralizarlo, y en transformar las condiciones de imposibilidad en posibilidad (Spivak 1997: 253). Un enfoque teórico de esta naturaleza permite el reconocimiento de que el historiador fracasa por las mismas razones aducidas a los subalternos estudiados: las

18 Sobre este problema véase Chakrabarty 1999.

19 Un aspecto reflexionado por Michel de Certeau para el caso francés en su famoso ensayo sobre la “operación historiográfica” (De Certeau 1993, véase también Zermeño Padilla 2013: 71-102).

contingencias de la historia. En caso contrario, sucede la adscripción del sentido de las acciones de los subalternos a la ley impuesta de antemano por el historiador: se le asignan nombres propios indiferenciados (Spivak 1997).

A primera vista pretender recuperar la conciencia y cultura de los grupos subalternos parece ser un ‘proyecto positivista’. Pero considerando que en la mayoría de los casos esa ‘realidad’ se revela por mediación del influjo o documentación producida por las élites, entonces sólo se puede obtener una imagen invertida o negativa del subalterno, nunca una ‘positiva’.²⁰ Dada la no-presencia directa del subalterno sino por intermediación de las instituciones oficiales, su recuperación parte del principio de la diferencia y oblicuidad,²¹ no de su pretendida identidad. En consecuencia, Spivak prefiere leer la posibilidad de recuperar “la conciencia del subalterno” sólo como un efecto (sensación) de presencia de un sujeto subalterno actuante, y no como efecto de causas precedentes homogeneizadoras.²²

Esta estrategia de lectura conduciría 1) al reconocimiento de que el ‘subalterno’ en relación con la clase dominante “permanecerá siempre y por definición heterogéneo con respecto a los esfuerzos del historiador disciplinario” y 2) que el historiador debe acabar de asumir “que el subalterno es necesariamente el límite absoluto del espacio en el cual la historia se narrativiza” desde el punto de vista de la “lógica” (Spivak 1997: 261). De ese modo, el proyecto entraría en coherencia consigo mismo, con un doble reconocimiento: 1) de no poder estar nunca en plena correspondencia con “la conciencia del subalterno”, y 2) de la asimetría constante que existe entre interpretar el mundo y transformarlo.²³

20 No afirmativa, es decir, sólo como la contraparte de la de los opresores. En términos hegelianos, “según la cual es siempre el deseo por/de (el poder del Otro) lo que produce una imagen del sí mismo”. Visto así, “es el subalterno quien brinda el modelo para una teoría general de la conciencia”. Aunque no puede generalizarse sin incluir a la de la élite (Spivak 1997: 255-256).

21 Spivak subraya la ambigüedad del término que oscila entre una diferencia demográfico-cuantitativa positivista y lo que sería “el discurso de una diferencia definitiva” que abre la puerta a “gestos deconstructivos” (Spivak 1997: 257). En referencia también a su artículo “Can the Subaltern Speak?” (Spivak 1995).

22 Spivak 1997: 261. Este acercamiento ha sido desarrollado con más amplitud por Hans Ulrich Gumbrecht, como una forma de crítica y de alternativa a la vez a un modelo occidental moderno de ‘leer’ las cosas que pasan en el mundo (Gumbrecht 2005).

23 Spivak 1997: 262, en alusión a Marx y a su decimoprimer tesis sobre Feuerbach.

Conclusión

Guha en su ejercicio ‘deconstructivo’ ha desarticulado la idea de ‘imparcialidad’ en la producción de los textos-testimonios del pasado y ha dejado ver la función política o prescriptiva del recurso a la causalidad. Se trata de artificios (formas de hacer) típicos del discurso historiográfico racionalista ilustrado independientemente del signo político-ideológico del ejecutante (liberal, imperial o neocolonial, de izquierda o de derecha). Al adoptar una perspectiva desde la subalternidad, Guha y Spivak han mostrado los límites de la institución historiográfica moderna.²⁴ Si la historia ha sido escrita ‘hasta ahora’ por los ‘vencedores’ a partir de sus propias reglas, ¿cómo se puede rescatar a ‘esa otra parte’ contando para ello con los mismos procedimientos proporcionados por esa clase de historia? *Estudios de la subalternidad* significa un avance al mostrar las relaciones complejas entre dominación política y formaciones culturales durante la modernidad temprana y tardía. Sobre todo al incluir la dimensión temporal de manera más radical, tanto en el análisis de las fuentes documentales, como en la situación que ocupa el observador. Se podría decir, en ese sentido, que esta opción ‘subalternista’ de la historia converge al final con otros esfuerzos que apuntan a la necesidad de desarrollar una ‘nueva ilustración historiográfica’, teniendo como trasfondo la forma clásica.

En este contexto me parece que una teoría de los medios de masas y sus efectos en la construcción de las memorias colectivas podría dejar ver cómo la historiografía se asocia a una ‘cadena de signos continua’. La capacidad de su continuación reside, paradójicamente, en su reelaboración mediante su desorganización. El trabajo del historiador se inscribe en un *continuum* en el que la producción de su discurso como conocimiento ‘participa de la naturaleza de su objeto de estudio’. La historia como ‘instrumento y objeto de conocimiento’ se sitúa no *fuera*, sino *dentro* de ese *continuum* que llamamos ‘historia’. Por eso tiene razón Spivak: “Percibir la conciencia de esta manera es situar al historiador en una posición de compromiso irreducti-

24 Includida el área mexicanista. “He tratado de indicar esto deconstruyendo, por un lado, la oposición entre el colectivo y su objeto de investigación –el subalterno–; y por otro, deconstruyendo la aparente continuidad entre ellos y sus modelos anti-humanistas. Desde este punto de vista, sería interesante sí, en lugar de hallar su único internacionalismo en la *historia* europea y la *antropología* africana (un desglose disciplinario interesante), encontrasen también líneas de contacto, por ejemplo, con la *economía política* del movimiento campesino independiente de México” (Spivak 1997: 266; cfr. Womack 1969).

ble” (Spivak 1997: 249). Spivak hace suyo un aforismo de Nietzsche para ilustrar el problema que supone pensar al historiador situado fuera de esa “cadena de signos” que es la historiografía moderna: “Todo concepto en el que está concluido un [...] proceso completo, se resiste [...] a la definición; sólo lo que no tiene historia es definible.”²⁵

Bibliografía

- BENNINGTON, Geoffrey/DERRIDA, Jacques (1994): *Jacques Derrida*. Madrid: Cátedra.
- CHAKRABARTY, Dipesh (1999): “Historias de las minorías, pasados subalternos”. En: *Historia y Grafía* 12, 87-111.
- (2000): *Provincializing Europe. Postcoloniality and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press.
- DE CERTEAU, Michel (1993): “La operación historiográfica”. En: de Certeau, Michel: *La escritura de la historia*. 2a ed. México, D.F.: Universidad Iberoamericana, 67-118.
- (1996): *La invención de lo cotidiano 1: Artes de hacer*. Trad. Alejandro Pescador. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- DUBE, Saurabh (1997): “Historias desde abajo en India”. En: *Estudios de Asia y Africa* 103, 217-270.
- (2001): “Historia e historia”. En: Dube, Saurabh: *Sujetos subalternos*. México, D.F.: El Colegio de México, 91-112.
- GUHA, Ranajit (1997a): “Prefacio a los Estudios de la Subalternidad. Escritos sobre la Historia y la Sociedad Surasiática”. En: Rivera Cusicanqui, Silvia/Barragán, Rossana (eds.): *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Aruwiwiri/SEPHIS, 23-24.
- (1997b): “Introduction”. In: Guha, Ranajit (ed.): *A Subaltern Studies Reader. 1986-1995*. Minneapolis: University of Minnesota Press, I-XVII.
- (1997c): “La prosa de contra-insurgencia”. En: Rivera Cusicanqui, Silvia/Barragán, Rossana (eds.): *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Aruwiwiri/SEPHIS, 33-72.

25 Aforismo de Nietzsche, retomado por Spivak (1997: 249). Las cursivas son mías. En el original alemán se lee: “Es ist heute unmöglich, zu sagen, warum eigentlich gestraft wird [Hoy es imposible decir (saber) por qué de hecho se castiga]: alle Begriffe [todo concepto], in denen sich ein ganzer Prozess semiotisch zusammenfasst [en el que se sintetiza (configura) *semióticamente* un proceso completo], entziehen sich [se sustrae] der Definition [a la definición]; definierbar ist nur das [sólo es definible], was keine Geschichte hat [lo que no tiene historia]”. Nietzsche se ocupa en este caso del problema que implica intentar disponer de una definición clara y distinta de la noción o concepto de “castigo”, “sanción” [Strafe]. Segundo Tratado [2. Abhandlung] de “Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift” (Nietzsche 1983).

- (2001): “Subaltern Studies: Projects for Our Time and Their Convergence”. En: Rodríguez, Ileana (ed.): *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Durham: Duke University Press, 35-46.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich (2005): *Producción de presencia. Lo que el significado no puede transmitir*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- HARTOG, François (1995): “Temps et histoire. Comment écrire l’histoire de France?” En: *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 6, 1219-1236.
- LEDUC, Jean (1999): *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures*. Paris: Éditions du Seuil.
- LUHMANN, Niklas (1997): “La cultura como un concepto histórico”. En: *Historia y Grafía* 8, 11-33.
- (2000): *La realidad de los medios de masas*. Trad. Javier Torres Nafarrate. México, D.F.: UIA Anthropos.
- MENDIOLA, Alfonso/ZERMEÑO PADILLA, Guillermo (1998): “Hacia una metodología del discurso histórico”. En: Galindo Cáceres, Jesús (ed.): *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México, D.F.: Conaculta/Addison Wesley Longman, 165-206.
- NIETZSCHE, Friedrich (1983): “Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift” [2. Abhandlung]. In: Nietzsche, Friedrich: *Werke in vier Bänden*. Vol. 4. Herausgegeben von Gerhard Stenzel. Salzburg: Caesar Verlag, 281-369.
- PANOFSKY, Erwin (1967): *Architecture gothique et pensée scolastique*. Trad., postface Pierre Bourdieu. 2 ed. Paris: Éditions Minuit.
- PEÑALVER, Patricio (1990): *Desconstrucción. Escritura y filosofía*. Barcelona: Montesinos.
- (1995): “Jacques Derrida: la clausura del saber”. En: Derrida, Jacques: *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, 2 ed. Valencia: Pre-Textos, 5-34.
- RANCIÈRE, Jacques (1993): *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Trad. Viviana Claudia Ackerman. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia/BARRAGÁN, Rossana (1997): “Presentación”. En: Rivera Cusicanqui, Silvia/Barragán, Rossana (eds.): *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Aruwiyiri/SEPHIS, 11-19.
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1995): “Can the Subaltern Speak?”. In: Ashcroft, Bill/Griffiths, Gareth/Tiffin, Helen (eds.): *The Postcolonial Studies Reader*. London: Routledge, 24-28.
- (1997): “Estudios de la subalternidad: Desconstruyendo la Historiografía”. En: Rivera Cusicanqui, Silvia/Barragán, Rossana (eds.): *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Aruwiyiri/SEPHIS, 247-278.
- WATZLAWICK, Paul/KRIEG, Peter (eds.) (1994): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*. Trad. Cristóbal Piechocki. Barcelona: Gedisa.
- WOMACK, John (1969): *Zapata and the Mexican Revolution*. New York: Knopf.
- YOUNG, Eric van (2006): *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- ZERMEÑO PADILLA, Guillermo (2013): “La ortodoxia historiográfica puesta a prueba: Michel de Certeau”. En: *Historia y Grafía* 40, 71-102.